

El padre Feijoo

un pionero del escepticismo español

Juan A. Rodríguez
ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

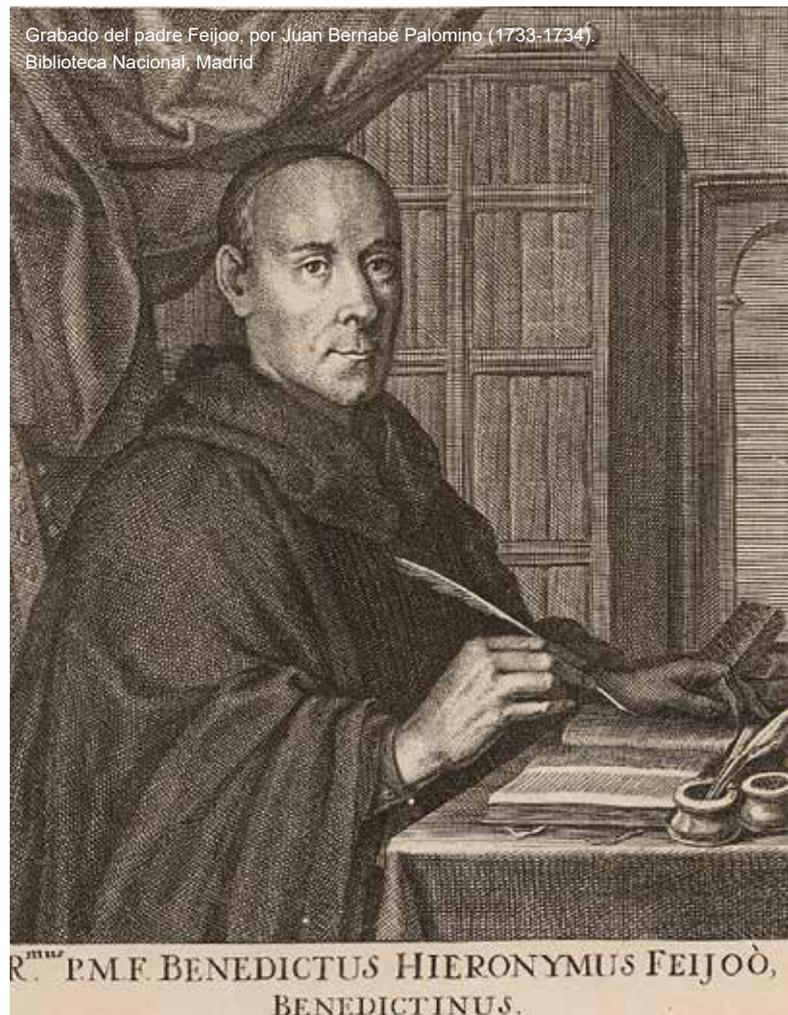
Yo, ciudadano libre de la República de las Letras, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada lo que me dictaren la experiencia y la razón.

Introducción

Cuando se habla de los comienzos del escepticismo activo, de inmediato nos vienen a la mente los pasados años setenta, con nombres como Carl Sagan, Paul Kurtz o James Randi. También habrá quizá quien se remonte bastante más atrás, hasta la Ilustración del siglo XVIII o incluso el empirismo del XVII, aunque casi siempre para señalar filósofos franceses e ingleses.

Quizá no muchos sepan que en esa época hubo un español empeñado en combatir la superstición y las creencias infundadas más comunes: el monje benedictino Benito Jerónimo Feijoo (Casdemiro, Orense, 1676-Oviedo, 1764). A esta labor dedicó buena parte de su vida desde el convento ovetense de San Vicente (por ello renunció incluso a un obispado en América), mediante una larga serie de ensayos (por entonces llamados *discursos*), dirigidos no a círculos eruditos sino al común de las gentes. Veía una nación ignorante, abandonada y supersticiosa («gotosa», decía), y emprendió una campaña en pro de la ciencia moderna, el empirismo y el escepticismo frente a los absurdos que vertebraban buena parte de la vida de la época; «poner ejemplos de cuán expuestas viven al error las opiniones más establecidas» era su objetivo declarado. Frente a Montaigne y otros ensayistas, que escribían buscando el reconocimiento de sus pares, Feijoo era un espíritu polémico que se lanzó de manera activa a combatir a los charlatanes, la ignorancia y los prejuicios de su sociedad.

Con un lenguaje sencillo y coloquial, ideal para la divulgación (decía Gregorio Marañón que fundó el



lenguaje científico español), alejado de los excesos del Barroco ya decadente de su tiempo, llegó a ser el escritor español más leído de la época, tanto en su país como en Europa y América, y todo un hito en el paso hacia la modernidad. Y todo ello desde la celda de su convento, del que renunciaba a salir más que lo imprescindible; para él la Corte, que intentaba seducirlo y absorberlo como a cualquier celebridad, era lugar de intrigas, relaciones falsas, gente ruin... además de que cuando salía de su retiro la gente lo abordaba constantemente para preguntarle por los asuntos más peregrinos, pues lo tenían por un grandísimo sabio.

Dada su larga vida, resulta difícil adscribirlo a un movimiento intelectual concreto. Así, Maravall¹ propone que, por edad y formación, podría ser el último de los *novatores* (aquellos, en ocasiones llamados despectivamente *escépticos*, que se oponían a la autoridad intelectual del aristotelismo, propia de los tradicionalistas); pero también representante de la Primera Ilustración, por cuando empezó a escribir y publicar; o de la Ilustración plena, por sus últimas obras.

Empezó a publicar ya en su madurez, con 50 años. A raíz de la *Medicina scéptica* del Dr. Martín Martínez, escribió su primer ensayo, *Apología del scepticismo médico* (1725); y a partir de ahí, una larga serie de ensayos (118) en ocho tomos, su *Teatro crítico universal* (1726-1740). Su otra gran obra fueron las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), en cinco volúmenes, cartas reales salidas de su correspondencia personal con los mayores intelectuales españoles y europeos de la época, o supuestas, como recurso literario. Trataba multitud de temas sin orden concreto, en forma de miscelánea, incluso en un mismo discurso. No fue en ningún caso un proyecto enciclopédico, que veía inabordable para una sola persona por el grado de especialización que requería. Otras obras fueron *Satisfacción al escrupuloso* (1727), *Respuesta al discurso fisiológico-médico* (1727), *Ilustración apologética* (1729), *Justa repulsa de inicuas acusaciones* (1749) y *Adiciones* (1783).

En los siglos XIX y XX se hicieron recopilaciones y antologías, pero ninguna edición completa. Afortunadamente, se encuentra toda ella digitalizada y disponible en la web filosofia.org, que ha sido la principal fuente de su obra y de multitud de datos biográficos y

bibliográficos de otros autores relacionados y citados aquí.

Fue erudito y divulgador, más que investigador o experimentador. A su celda del convento llegaban las más importantes obras que circulaban en aquellos años, aunque se cita como influencia principal la producción intelectual francesa²: los libertinos eruditos (Gassendi, Pierre Bayle, Fontenelle) y los enciclopedistas (Voltaire, Montesquieu), así como diccionarios varios y publicaciones periódicas, en especial las *Mémoires de Trévoux* y el *Journal des Savants*.

A pesar de que la divulgación del pensamiento crítico constituye el telón de fondo de toda su obra, resulta curioso que hasta época reciente se haya estudiado principalmente desde el punto de vista de la historia de la medicina, la filología, la historia, la teología, la política o la moral. De los cuatro simposios dedicados a su obra en el último medio siglo, apenas Caro Baroja lo estudió en los años sesenta como crítico de la superstición, debido al interés de este antropólogo por la historia de la brujería³. Hay que esperar a nuestro siglo para encontrar trabajos centrados en el escepticismo de Feijoo respecto a la charlatanería y en su espíritu de divulgador⁴.

Por ello, no está de más repasar aquí sus ideas al respecto, aunque sea de manera sumaria. Dado que son sus dos obras más extensas y esenciales, haremos referencia solo al *Teatro* y a las *Cartas*, de la siguiente manera: una T para aquel y una C para estas, seguidos del número del tomo y, a continuación, separado por una coma, el número del discurso o la carta. Por ejemplo, (T1, 5) hará referencia al discurso 5 del primer tomo del *Teatro*, y (C3, 2), a la segunda del tercer tomo de las *Cartas*.

Su época

Fue el de las Luces un siglo de fuerte debate epistemológico a tres bandas: el pensamiento religioso, con sus dogmas incuestionables; la filosofía, con sus teorizaciones puras; y la naciente ciencia (los filósofos nuevos, que él decía), que exigía la experimentación para aceptar una idea como válida.

Feijoo asumía la veracidad de las Escrituras, por lo que se oponía, por ejemplo, a las ideas de Descartes en cuanto a la naturaleza y creación del Universo, la materia o las leyes del movimiento; y cifraba la anti-

Feijoo era un espíritu polémico que se lanzó de manera activa a combatir a los charlatanes, la ignorancia y los prejuicios de su sociedad

güedad del mundo en 5466 años (T1, 13). Se proponía ya en la época la posibilidad de un «doble magisterio», entonces entre filosofía y religión, donde una se ocupaba de lo natural y otra de lo sobrenatural. Pero entendía que la filosofía debía respetar los límites de la religión, a la que se tenía que subordinar para no caer en el libertinaje que lleva a cualquier herejía (T7, 3).

También criticaba los sistemas físicos tradicionales de los filósofos antiguos, basados en conceptos como la belleza y la armonía, la simpatía o antipatía, cuando chocaban con el empirismo. Consideraba aquello mero lenguaje metafórico, que en modo alguno explicaba por ejemplo la naturaleza de un imán o la circulación de la savia en una planta (T3, 3). En esta visión crítica de la filosofía entraba también la escolástica, que se quedaba por lo general en mera abstracción o en la enseñanza de los tratados de Aristóteles como fuente absoluta de autoridad. Todos esos sistemas filosóficos se mostraban inútiles y caían ante el empirismo de Bacon, Copérnico, Galileo o Newton, del que Feijoo era defensor.

Nuestro país, según él, era especialmente fecundo en aquel tipo de teóricos, sobre todo entre los jesuitas, opuestos por completo a toda innovación propuesta por los experimentalistas, que habían abierto una brecha en las doctrinas (T7, 13). Aquellos mostraban un sistemático rechazo a toda novedad por sospechosa de impiedad, en especial si venía, como casi todo, de la siempre libertina Francia; hablamos del antieuropeísmo y el catolicismo más tradicionalistas. Ante ello, Feijoo fue de los primeros, si no el primero, en escribir extensamente sobre el atraso científico y técnico español —en especial, el agrícola—, sus causas y sus posibles soluciones (T8, 12; C2, 16). Subrayaba cómo lo académico y serio era aquí el dedicarse a la metafísica, la teología, la moral o el derecho, lo que resultaba en una intelectualidad rutinaria que se limitaba a aprender y repetir lo que ya habían dicho otros, descuidando la ciencia y la innovación (C3, 31).

Fue igualmente un tiempo de cambios en la universidad: se empezó a abandonar el latín, sustituido por las lenguas vernáculas. Los contenidos estaban enquistados; prácticamente no había estudios científicos, pues solo existían cuatro facultades: Artes o Filosofía, Teología, Jurisprudencia y Medicina, y so-

lían darse solo las dos primeras, ya que el derecho se solía estudiar en academias privadas y la medicina no era más que repeticiones memorísticas de los aforismos de Hipócrates: mucha más teología y filosofía que fisiología, y lo poco que se estudiaba de esta era bastante inútil, limitado a temperamentos, humores, espíritus, etc., todo mera especulación para Feijoo (T7, 14); si bien señalaba que se empezaban a introducir enseñanzas científicas experimentales en la Regia Sociedad de Sevilla o en la recién creada Academia Médica Matritense (1734). De hecho, junto con otros muchos ilustrados, abogaba por la introducción de los nuevos estudios: física, botánica, historia natural... en las nacientes Academias, y no en la anquilosada universidad.

Aunque apreciaba enormemente las lenguas clásicas, veía que en buena medida iban quedando como mera erudición, y recomendaba aprender francés, idioma intelectual de entonces y al que estaba ya traducido todo lo relevante. Pese a ello, muchos seguían prefiriendo, sin razón objetiva, al médico que sabía latín frente al que estudió en francés, cuando por ello este seguramente estaba más actualizado (C5, 23).

El discurso de Feijoo acabó calando, hasta el punto de que fue citado en reformas universitarias posteriores. Pero naturalmente, también surgían foros que debatían si la ciencia conducía o se oponía a la práctica de la virtud, esto es, si era más perniciosa que beneficiosa (C4, 8). Ante ello, Feijoo argumentaba lo poco conveniente de que solo se estudiaran los textos sagrados, como siguen haciendo hoy las corrientes religiosas más fundamentalistas.

Tenemos ya una mejor idea de quién era Feijoo y en qué ambiente tuvo que lidiar para difundir y defender sus ideas, de las que entresacaremos las más relacionadas con el escepticismo científico y el pensamiento crítico.

Entremeses epistemológicos

Distinguía Feijoo tres tipos de objetos (T5, 1): los sobrenaturales (conocidos por revelación), los metafísicos (por evidencia, esto es, razonamiento) y los materiales (por los sentidos y la experiencia). Estos últimos son el objetivo de la ciencia, y a lo que dedicó fundamentalmente sus discursos. A poco llega según él la razón en las cosas naturales cuando no se some-

Feijoo fue de los primeros, si no el primero, en escribir extensamente sobre el atraso científico y técnico español, sus causas y sus posibles soluciones

te a la experiencia (hay más ingenio y perspicacia en los experimentos de Boyle que en todas las abstracciones de los metafísicos, decía) y, aún más, la razón pura resulta muy poco útil para las necesidades diarias (T3, 13). Por otro lado, no bastan los sentidos para los buenos experimentos: es menester reflexión, juicio y advertencia para no caer en errores. Hemos de buscar la naturaleza de las cosas, no la engañosa imagen que se forma en nuestra fantasía (T5, 11).

Dedicó también buena parte de sus textos a poner en evidencia nuestros sesgos cognitivos (T8, 1) y daba por ejemplo consejos para desenredar sofismas (T2, 2) o razonamientos falaces: *ex populo* (lo que llama «voz del pueblo», que con tanta frecuencia se equivoca, constituye el primer discurso de su obra: T1, 1), *ad antiquitatem* (T1, 12; T2, 7; T5, 10); *ad hominem* (T2, 1); *ad auctoritatem* (T4, 7; T8, 4)... un error que señalaba como muy frecuente era el de confundir causa y efecto de algo, o tomar dos hechos sucesivos como relacionados causalmente.

Discutió el concepto de *escéptico* y sus contradictorias definiciones: del rígido y extravagante al moderado, cuerdo y prudente. Lo resumió con la frase «dudar de muchas cosas es prudencia; dudar de todas es locura» (T3, 13). Y aplicado a la indagación de lo extraordinario, sostenía que, antes de investigar las causas, habrá que determinar si eso extraordinario existe en realidad, pues otra cosa sería perder el tiempo (C4, 11).

No sé si existen los milagros, pero haberlos hablo. O no

Un religioso como él no podía negar la existencia de milagros, aunque consideraba que la mayoría de los tenidos por tales eran falsos, fruto del exceso de pasión, la intención de hacer historia, la promoción de la fe, el afán de lucro o para librarse de la acción de la justicia (T3, 6).

Llegaba al punto incluso de negar la veracidad de milagros de los que los mismos Padres de la Iglesia fueron testigos, rechazando el principio de autoridad. Pensaba que la Iglesia, admitiendo como verdaderos simples rumores o testimonios, perjudicaba la fe, pues esta nunca podía ser difundida mediante la mentira, y podía llevar a creer al pueblo que todo cuanto dice la Iglesia es embuste y puerilidad. Especial preocupación ante ello mostraba por la amenaza protestante, para quienes los milagros eran algo superfluo, cuando no mera superstición.

Dedicó así buena parte de su vida a desmontar supuestos hechos milagrosos, que dejaba en simples fábulas o explicaba fácilmente con el conocimiento de la naturaleza o trucos de prestidigitación en cuanto indagaba un poco. Recibió muchas críticas por ese exceso de escepticismo, aunque para él tanto la incredulidad absoluta como la credulidad nimia eran perjudiciales para la religión (C1, 43; C2, 11). Opinaba que la verificación de un milagro no era cosa de dejar en manos de la credulidad popular, sino de la Iglesia, que las debería estudiar mediante personas bien formadas

no solo en teología, sino también en *filosofía experimental* (ciencia), para que se examinaran las posibles explicaciones naturales (C2, 11).

Repasemos algunos de los supuestos milagros que refutó:

La transportación mágica del obispo de Jaén (C1, 24). Se supone que este obispo viajó una noche a Roma, volando a lomos de un diablo de alquiler. Consideraba de risa que hubiese gente tan crédula e hizo ver que circulaban muchas versiones semejantes del absurdo, con otros personajes en el papel del viajero.

El milagro de la catedral de Lugo, donde al tocar una determinada campana, se movía la cruz (C2, 2): Tras revisar unos cuantos conceptos de física, lo atribuyó a la reverberación o al volteo que hacían temblar la torre y la pared de la que colgaba el crucifijo. Señalaba además hechos similares documentados en otras iglesias europeas.

Las flores de la ermita de San Luis del Monte, cerca de Cangas del Narcea (Asturias), que surgían tan solo mientras la misa de la romería anual (C2, 29): Se escribió mucho al respecto y se llevó a cabo un estudio lleno de irregularidades, con testigos falsos y muestras de fidelidad dudosa, sin consultar con expertos. De sus propios análisis concluyó que dichas flores no aparecían solo allí, ni solo durante la misa; y que seguramente ni siquiera eran flores, sino quizá crisálidas de algún insecto.

El toro de San Marcos (T8, 8): Costumbre de algunos pueblos extremeños que consistía en sacar un toro bravo de la manada y hacerlo asistir un determinado día a la misa, a la que acudía solemne y manso. Terminada esta, recuperaba su fiereza y volvía corriendo al campo. Feijoo teorizó sobre la posibilidad de que fuera un hecho milagroso, diabólico o natural, para inclinarse por esto último: los toros eran drogados, o bien estaban enseñados desde pequeños a obedecer mansamente a un cuidador determinado (de esto conocemos ejemplos actuales); o como hacían en Inglaterra en San Juan de York, se castigaba previamente al toro hasta agotarlo.

La magia y la credulidad

El dogma cristiano también lo llevaba a aceptar la existencia de hechiceros y hechicerías como obras asistidas por el demonio, aunque advirtiendo desde el principio de que no eran tantos como pensaba el vulgo, y de que hay que desconfiar por sistema de todo lo que se nos presente como tal. Exponía varias causas de la credulidad (T2, 5):

- La propensión al cuento, esto es, invenciones sin maldad de chistosos y ociosos que llegan a oídos de gentes sin espíritu crítico.
- El atribuir al diablo lo que tiene causa natural, algo que empezaba a ser habitual con los primeros hallazgos científicos y técnicos. Ponía el ejemplo del microscopio, que dio a conocer seres de apariencia monstruosa y tomados al principio por tales.
- La vanidad de quienes quieren ser tenidos por

magos. Esto es, los simples farsantes.

- La calumnia hacia quienes son acusados por malevolencia.

- Los que realmente creen que lo son, a los que hay que considerar locos o supersticiosos dignos de lástima, y con los que la inquisición solía actuar de modo condescendiente. Lo ejemplifica con las que se creían brujas y decían volar o participar en aquelarres, cuando lo que ocurría en realidad es que estaban teniendo visiones fruto del consumo de alucinógenos; de hecho, se veía cómo dormían profundamente cuando creían estar teniendo esas vivencias.

- En cuanto a las transformaciones mágicas de hombres en animales, las consideraba meras fábulas de origen pagano que habían persistido en el vulgo (T4, 9) pues, fuera de la intervención divina directa, pensaba imposible que el alma racional pasara a cuerpo irracional alguno.

Por todo ello había quien, como el P. Malebranche, defendía que no se castigara la hechicería, pues casi siempre resultaba fantasía, aunque eso Feijoo lo veía demasiado arriesgado, por constituir el extremo contrario a la absoluta credulidad e ir en contra de la jurisprudencia civil y eclesiástica, que la tipificaban como delito.

En análisis histórico, situaba el origen de la magia (T7, 7) en la Antigüedad, cuando los hombres olvidaron a Dios, se hicieron politeístas (justo lo contrario de lo que nos dice la historiografía actual) y corrompieron sus costumbres. Por otro lado (T4, 9), notaba que las brujas de la Antigüedad veían a sus propias deidades, mientras que las contemporáneas veían al demonio. Describió también los procesos contra brujas en Alemania, donde miles de ellas confesaban bajo tortura y en la penitencia final explicaban a su confesor, el P. Schömborn, que eran inocentes, lo que a este le resultaba también obvio. De hecho, cuando Schömborn fue promovido a obispo, luchó fervientemente contra esa frecuente quema de inocentes, y un, por entonces, reciente libro del P. Federico Spee hacía abrir los ojos a muchos ilustrados alemanes.

En consecuencia, se felicitaba Feijoo de tener en España un tribunal tan recto y riguroso como el de la Inquisición, que evitaba esas injusticias. Pensaba que no fue lugar donde se enseñasen ni se hubiesen pro-

pagado artes mágicas de manera general, ni siquiera en tiempos de los árabes. A estos, por el contrario, los tenía por gentes muy doctas, de las que ninguna de sus obras conservadas hablaba de magia, por más que circularan por ahí supuestas traducciones del árabe a un latín macarrónico, tan llenas de disparates que tenían toda la pinta de ser libros escritos por los supuestos traductores.

En definitiva, la magia no era para él más que mera parafernalia para impresionar a incultos, pues después de todo, si los hechiceros fueran tan poderosos, ya se habrían hecho dueños del mundo. Se refleja en todo ello la postura peculiar española respecto a Europa en este asunto, y el cambio de mentalidad que se empezaba a vislumbrar en la sociedad.

Charlatanes de antaño

Poco parece haber variado la tipología de charlatanes y estafadores desde la época de Feijoo. A lo largo de su obra se pueden deducir:

- Los que engañan de buena fe, porque creen en sus dones (C3, 2).

- Gente que engaña por pura necesidad de limosna, abusando de la ignorancia y el miedo supersticioso de los demás, especialmente en los pueblos (T2, 5).

- Los que fingen ser hechiceros, y no son más que prestidigitadores (C3, 15), que saben despertar la admiración en los demás con relatos fantásticos. La misma Inquisición, muy descreída ya entonces, rarísimamente los castigaba en los autos de fe por hechicerías, y sí por embusteros (T2, 10). Entre los diversos ejemplos que pone, citaremos el de la niña de Arellano (Navarra; C2, 22), que parecía que expulsaba por la orina cálculos de hasta 2 libras. Feijoo hizo analizar una muestra y resultó ser un simple trozo de yeso. La niña al parecer lo hacía en connivencia con sus padres, y llevaba a cabo el truco con un aplomo impresionante para sus ocho años de edad.

- Los científicos que fingen experimentos que no han hecho, entre los que destaca el francés Vignent Marville, autor de un libro que describía supuestos descubrimientos propios, todos ellos ilusorios (T7, 1).

- Entre los charlatanes médicos, se lamentaba de los muchos que iban por los pueblos diciendo curar males y engañando a la gente sin que la ley se lo impidiera (C4, 4). Señalaba que se les daba especial cré-

La magia no era para él más que mera parafernalia para impresionar a incultos, pues después de todo, si los hechiceros fueran tan poderosos, ya se habrían hecho dueños del mundo



El actual Museo Arqueológico de Asturias ocupa parte del antiguo convento de San Vicente de Oviedo, donde Feijoo pasó buena parte de su vida (AdelosRM, Wikimedia)

dito a quienes eran o fingían ser extranjeros, cuando un buen médico no tendría jamás que salir de su país si de verdad fuese capaz de curar, pues no le faltaría el trabajo. Y si bien ahora la curación estrella es la del cáncer, por aquel entonces era la de la ceguera.

- Los escritores de libros tan inútiles como costosos que prometen cosas admirables como curarse de algo, ser más guapa o hacerse rico a base de hierbas, piedras o conjuros. Nos proporciona una buena lista de autores de estos libros de «autoayuda» de su época y de distintos países (T3, 2); entre estos eran muy populares unos que supuestamente daban la localización de tesoros de los moros de antaño, que escondieron sus fortunas cuando fueron expulsados con la esperanza de volver, y que muchos compraban por pura codicia (C3, 2).

Para distinguir estas propuestas, en el caso de las sanadoras instaba a desconfiar de los remedios genéricos, pues las dolencias son muchas y muy diversas en su origen; o a que tuviéramos cuidado con enfermedades inexistentes o que se curan por sí solas sin necesidad de remedios (T3, 2). Advertía además de cuidarnos de los «sabios aparentes», que mezclan arrogancia, verbosidad y ciertas dosis de prudencia para ser creídos por el pueblo; como ejemplo, eso sí, ponía a su odiado Lutero (T2, 8).

Astrología y futurólogos

Astros

Cuando un astrólogo determina la muerte violenta de alguien, ¿son los astros los causantes? ¿Influyen en

el asesinato o mueven el brazo del homicida? Cuando mueren todos los que viajaban en una nao hundida, ¿juntaron los astros allí a todos los que habían de morir? ¿Por qué los gemelos, nacidos y criados en circunstancias tan semejantes, pueden tener caracteres y suertes tan diferentes? ¿Por qué los astrólogos consideran solo la influencia de determinados astros y no de otros, y más cuando cada vez se van descubriendo más cuerpos cuya influencia nunca se tuvo en cuenta? ¿Qué hacer cuando hay tantos métodos astrológicos, antiguos y modernos (caldeo, judiciario, racional...) contradictorios e incompatibles entre sí?

Son algunas de las cuestiones que se hacía Feijoo a cuenta de la astrología (T1, 8). Eran preguntas retóricas, puesto que tenía claro que era un arte ilusoria, como ya habían dicho muchos antes, entre ellos, Pico della Mirandola, en quien apoyó buena parte de su argumentación. Explicaba el éxito de los astrólogos en varias razones:

- Hacen predicciones de sucesos comunes, sin determinar lugares ni personas, de modo que lo milagroso sería que no se cumpliesen: un personaje célebre va a enfermar, un navío naufragará en una tormenta, habrá bodas exitosas o desbaratadas... hechos habituales y previsibles sin necesidad de consultar las estrellas.

- Sus conjeturas no las basan en los astros, sino en su conocimiento de la realidad, también falible, pero no tanto como el azar astrológico.

- Sus clientes fuerzan los hechos: si reciben un pronóstico determinado, harán lo posible por cumplirlo, en especial si es favorable.

- Como se hacen miles de predicciones, resulta normal que alguna sea acertada por mero azar. Ese acierto hará al astrólogo sentirse especial. Feijoo recopiló múltiples ejemplos de predicciones históricas erróneas.

Su escepticismo lo llevaba a admitir, tan solo como hipótesis, que los astros pudieran marcar cierta tendencia, pero no determinar, pues eso violaría la libertad individual, además de que cualquier hecho concreto depende de la convergencia de multitud de variables que se conocen de manera experimental, no mágica. Así por ejemplo, el tiempo atmosférico no depende de los astros sino de donde vengán vientos y humedades, de modo que marineros y labradores lo predicen mejor que los astrólogos. O el carácter de una persona, que dependerá más de su familia, su entorno, su alimentación, las enfermedades sufridas o su educación, más que de la posición de los astros en su nacimiento.

Hay quien dice, no sin razón, que la astrología debería llamarse más bien *astromancia*, pues el sufljo –logía debería quedar reservado para las ciencias reales. Y hablando de -mancias, Feijoo nos brinda toda una panoplia de ellas, desde la más conocida y aún vigente quiromancia a otras mucho más extravagantes: cefaleonomancia (con cabezas de asnos), tiriscomancia (con queso), sicomancia (con higos), aegomancia (con cabras), oniromancia (con sueños), apantomancia (con objetos encontrados por casualidad), aritmomancia (por números), onormancia (por los nombres), crommiomancia (por cebollas), pasando por la cábala judía con sus retorcidas interpretaciones de palabras sueltas incluidas en algún texto, o la *Rueda de Beda*, diagrama similar a la actual güija. Y se asombraba del hecho de que, en todo tiempo, hasta gente muy sabia se arroje a la credulidad de agüeros y presagios.

Eclipses y cometas

A pesar de que ya se conocían sus causas astronómicas, mucha gente seguía atribuyéndolos a hechicería (T1, 9-10); en especial seguía la creencia de que causaban influjos malignos sobre el mundo, por lo que muchos se escondían o evitaban tomar decisiones importantes durante estos fenómenos. Tras explicar en qué consisten, se preguntaba racionalmente qué podían tener que ver con las catástrofes, pues por ejemplo una simple nube o el techo de una casa producen

un efecto similar a un eclipse, y nadie se planteaba por ello nada similar. Y en cuanto a los cometas, al haber calamidades en el mundo de manera constante, lo raro sería que no coincidieran jamás ambos hechos. Concluía con una cita de Jeremías: «No temáis, como los gentiles, las señales del cielo».

Adivinos y profetas

En cuanto a los individuos, solo los verdaderos profetas, los inspirados por Dios y que aparecen en la Biblia, habían sido capaces de vaticinar el futuro, según la visión cristiana. El resto no eran más que embusteros. Por lo que respecta a los oráculos antiguos, bastaba con la sagacidad humana o con dar respuestas ambiguas para ser aplicables a una cosa y la contraria. O las más adecuadas para quien pagaba, en el caso de la política o la guerra (T2, 4). En algunos casos no era más que parafernalia y trucos de sacerdotes que daban las respuestas escondidos detrás de la estatua idolatrada.

Se quejaba también de que las profecías de su época, como las de ahora, eran muchas veces *a posteriori*: «esto ya lo había pronosticado Fulano antes de que sucediese», y no «esto va a suceder». Entre esos futurólogos modernos citaba a Nostradamus, con sus confusas y ambiguas predicciones, cuyos intérpretes ya por entonces tergiversaban a discreción.

Períodos aciagos

De la época de Pitágoras parece venir la idea de los **años climatéricos**, septenarios, escalares o gradarios, considerados comúnmente como fatales por lo mágico del número siete, que de mágico tenía para él lo mismo que cualquier otro: nada. Estudió el nacimiento y muerte de 300 individuos (T1, 11), y no observó más muertes en unos años que en otros. No fue el único: otro jesuita había hecho lo mismo en Palermo con miles de personas, y había llegado a la misma conclusión: que los climateristas entresacaban las historias de famosos que habían muerto en años climatéricos o manipulaban los datos para que todo cuadrara.

También se hablaba entonces de **días críticos** o septenarios (igualmente cada siete), a los que se achacaba mayor virulencia de las enfermedades, algo al parecer propuesto por Hipócrates. Lo tomaba como una simple superstición, ajena a la comprobación contrastada. Su propia experiencia con enfermos y médi-

Se lamentaba de que en la prensa de la época se diera espacio a noticias absurdas y charlatanes de todo tipo, eso que Luis Alfonso Gámez llama hoy el «periodismo gilipollas»

cos lo había llevado a concluir que no había más que lo que hoy llamaríamos *sesgo de confirmación*: «Un experimento solo que hallen conforme a sus máximas, abulta en su estimación por mil experimentos; y mil experimentos contra ellas no suponen uno» (T2, 10), o bien acertaban con esos días porque empezaban a contarlos a placer para confirmar su idea: cuando aparece la fiebre, cuando esta ya es muy alta, cuando el enfermo ha de guardar cama...

Y otra cosa serían los **días aciagos**, días de la semana de especial mala suerte, que en España eran considerados los martes y en otros países los viernes, sin ningún acuerdo y por tanto, mera superstición (C3, 13).

Alienígenas

La posibilidad de vida extraterrestre en Feijoo ha sido señalada como asunto de especial trascendencia antropológica, teológica y cosmológica⁵, y es uno de los temas tratados al final de su obra. De antiguo venían las creencias de que la Luna y otros planetas podían estar habitados incluso por seres racionales, algo que en principio dudaba, pues iría probablemente contra la Biblia (T8, 7).

No obstante, más adelante (C2, 26) admitía que, si Dios quisiera, habría otros mundos habitados. Pero serían muy distintos a nosotros, y tanto más cuanto más diferentes a la Tierra fueran las condiciones del astro: la Luna sin atmósfera, el Sol con calor infernal... para concluir que Marte parece el lugar de condiciones más próximas a las nuestras.

Conocido y aceptado ya el sistema copernicano, admitía que alrededor de cada estrella pueden orbitar planetas, como ocurre con el Sol (C3, 21; C5, 2). Y son tantos los miles de estrellas existentes (y por tanto, de posibles planetas), que resultaría difícil de creer que no hubiera vida, incluso inteligente, en ninguno de ellos, aunque lo viera poco probable. Recordemos que el primer planeta extrasolar no se detectó hasta hace menos de tres décadas, y ahora se empiezan a buscar en ellos esas condiciones que permitan la vida.

Criptozoología

Lamentaba Feijoo (T2, 2) que hasta los más grandes sabios de todos los tiempos (F. Bacon, Plinio, Aristóteles...) hubieran admitido como ciertas las leyendas más ridículas respecto a lejanas tierras, sus animales y plantas. En su tiempo, con los avances científicos y el comercio mundial, se empezaron a refutar muchas de esas leyendas sobre hombres y animales mitológicos o lugares mágicos. A sus ojos, tal credulidad causaba risa.

Mencionó animales mitológicos o reales a los que se les atribuían cualidades mágicas, como el ave fénix, el unicornio, el basilisco que mata con la mirada, la rémora capaz de detener navíos, la salamandra incombustible, el lince que ve a través de cuerpos opacos...

Ante tanto mito, aconsejaba fiarse más de autores modernos que de los antiguos, pues aquellos poseen más y mejores datos, no reducidos a lo que un único

viajero podía contar fruto de su apasionada imaginación. No obstante, también notaba un escepticismo extremo en algunos naturalistas contemporáneos, quienes seguían negando la existencia de animales ya capturados y exhibidos en Europa, como el rinoceronte, interpretado con frecuencia como el mítico unicornio.

Más crédulo se mostraba respecto a la existencia de los «mixtos», esto es, hijos de humana y animal. Tritones, sátiros y nereidas serían en principio seres mitológicos (T6, 7), pero concedía cierta duda por la cantidad de antiguos y santos que los describieron como reales, y no veía absoluta imposibilidad en que el semen del macho de una especie fecundase el óvulo de otra (concepción de Cristo aparte, por lo milagroso del asunto). Citaba supuestos casos recientes en lugares como la Martinica o Brest (Francia), o la existencia de unos salvajes de Borneo, muy primitivos, de los que no se sabía con seguridad si eran humanos o monos. Más adelante, en sus últimas obras (C3, 30), tras examinar más casos, como el de una supuesta criatura humana hallada en el vientre de una cabra en Fernán Caballero (Ciudad Real), se mostrará mucho más cauteloso, al afirmar que se necesita algo más que el testimonio de un supersticioso dispuesto a creer cualquier cosa.

También se consideraban seres monstruosos, o «mixtos», los humanos o fetos siameses o con múltiples extremidades (T6, 1), que interpretaba más o menos correctamente como dos fetos «conglutinados». En todos estos casos, ante la duda, era partidario de bautizar; y cuando se trataba de un individuo con dos cabezas, como se dio en su tiempo en Medina Sidonia (C1, 6), había que bautizar a ambas, pues se veía claramente que eran dos personas, cada una con su criterio, y por tanto con su alma. Otro ejemplo de alejamiento del aristotelismo, para el que no era el cerebro sino el corazón el lugar del alma, y por tanto del control de las funciones racionales.

Duendes, espíritus familiares y vampiros

También aquí rechazaba la credulidad tonta y la incredulidad impía, aunque ponía muchas condiciones para aceptar un hecho concreto como cierto, que por lo general se basaba en meros testimonios únicos de simples y crédulos, alucinaciones asociadas a fiebres (como experimentó él mismo en alguna ocasión), o simples montajes con ánimo de burla. Todos los casos que investigó él mismo resultaron falsos: gatos o ratones que se cruzan en la noche, golpes de viento, puertas o ventanas que no ajustan... o ganas de hacerse notar (T3, 4; C1, 12; C1, 41).

Descartaba también que fueran ángeles, espíritus atormentados o demonios. Que hubiera exorcismos contra ellos no probaba nada, pues se trataba de exorcismos tolerados, no aprobados ni recomendados. Los engaños de farsantes se evidenciaban porque nunca se manifestaban cuando los buscaba gente armada (C2, 22), y algunos (los incubos) eran utilizados como excusa para disimular faltas por infidelidades conyuga-

les en las que el amante entraba en el dormitorio de ella o la dejaba preñada.

Dedicó unos párrafos a los vampiros (C4, 20), propios de países de la Europa del Este (los *brucolacos* griegos, que forman parte del folclore más arraigado). Los suponía algo así como muertos resucitados, aunque lo que cuenta de ellos acerca de chupar sangre o del modo de matarlos dicta mucho de lo que conocemos hoy: serían unos seres que perjudican a los vivos, por oposición a los fantasmas, que nos ayudarían.

Posesiones demoníacas

Todos hemos podido comportarnos en alguna ocasión, para nuestra vergüenza, como energúmenos, esto es, furiosos y alborotados. Feijoo usa ese sustantivo en su significado original, es decir, para referirse a los poseídos por el demonio (T8, 6). Para él existen, puesto que están descritos en el Evangelio, y la propia Iglesia autoriza los exorcismos. No obstante, consideraba que la mayor parte de los casos son fingidos: personajes que montan escándalo ante símbolos sagrados o que sueltan cuatro latinajos macarrónicos; o bien exorcistas de medio pelo que persuaden a sus víctimas para sacarles el dinero. También pueden tomarse por posesiones lo que no son más que enfermedades (como la *melancolía* —depresión— o la *histeria*, ante las cuales con frecuencia se recurría al exorcista y no al médico), o trucos de ventrílocuos e ilusionistas.

Para distinguir un caso de verdadera posesión, proponía seguir el ritual romano e indagar con rigor, comprobando una serie de aspectos:

- Que se da el don de lenguas (esto es, hablar idiomas en principio desconocidos) de manera fluida y clara, y no simples frases sueltas.
- Que se es capaz de descubrir cosas ocultas y distantes, asegurándose de que no haya compinches o que no sean aciertos por mero azar o por la posibilidad de haberlos conocido de antemano.
- Que muestre fuerza sobrenatural (levantar grandes pesos, volar...), pero que no sea alguien que esté sufriendo un «ataque histérico».

Citaba el libro *Causes célebres*, de Gayot de Pitaval, que recogía en once tomos muchos casos fraudulentos. Tomó un par de ejemplos franceses, como el de la joven Marta, a la que, en lugar de siguiendo

el ritual eclesiástico, «curaron» recitándole versos latinos de Virgilio, asperjándola con agua corriente y a base de bofetadas; o el que se dio entre unas monjas, que se descubrió ser consecuencia de la necesidad de celebridad y limosnas por la que pasaba el convento, y que cesaron en el embuste cuando se nombró una comisión oficial para estudiarlo.

Reconocía no haber visto ningún caso real de posesión ni de nada que se le pareciera, por más que se le presentaran supuestos que contribuyó a esclarecer, aunque a veces el exorcista, conocedor de la trayectoria escéptica de Feijoo, se negó a que este se inmiscuyera en el asunto.

El fin del mundo y el Anticristo

Muchos son los que, sobre todo en épocas de persecuciones, guerras o catástrofes, han pretendido determinar ese momento, basados en predicciones astrológicas. Ya en época de Feijoo se habían cumplido algunas de esas fechas sin que pasara nada, mientras que otros brindaban al sol prediciendo a miles de años vista (T7, 5).

Para cualquier creyente de entonces, el Apocalipsis y la venida del Anticristo era una verdad bíblica; muchos jugaban con ello, pese a que no había argumentos para calcular una fecha concreta, hasta el punto de que el papa León X llegó a prohibir el vaticinio de venidas del Juicio Final, sin mucha eficacia.

Otra cuestión era saber quién sería ese Anticristo. Había quien propuso que serían Nerón resucitado (o salido de su escondite, pues para algunos nunca murió) u otros personajes históricos, pero lo normal era que cada credo religioso le cargara el Anticristo al enemigo: para luteranos, calvinistas y otros herejes, lo era literalmente el papa de Roma, no como expresión retórica de rechazo; y los Padres de la Iglesia dejaron escrito que sería alguien de origen judío, al que los israelitas tomarían por su verdadero Mesías. Ante todas estas propuestas, Feijoo oscilaba entre considerarlas meros delirios extravagantes y conceder todo lo más el beneficio de la duda, pero sin ver argumentos claros para asumirlas como probables.

De leyendas urbanas y bulos periodísticos

Un escéptico es siempre un aguafiestas, y más cuando cuestiona creencias fuertemente arraigadas.

Un alquimista le dedicó un libro al papa León X, quien le pagó con una bolsa vacía para que guardase ese oro que decía ser capaz de fabricar



Ermita de San Luis del Monte, en Asturias, lugar en el que Feijoo investigó críticamente un supuesto milagro (cotoyapindia.com)

Por ello, nos cuenta Feijoo, suele ser contestado violentamente, en especial cuando se toca la religión, y hay que ser prudente (T5, 16). Vimos que así le ocurría al objetar milagros, y también cuando lo hacía con leyendas asociadas a la Biblia, como el supuesto lugar donde encalló el arca de Noé, o la del judío errante, del que encuentra múltiples versiones, incluso entre musulmanes, quienes lo personifican en el profeta Elías (C2, 25; T5, 16).

También están las experiencias comunes que, en realidad, nadie ha tenido (T5, 5) y que aún perviven, evolucionadas o no: alimentos que en principio no se pueden combinar, pues resultarían nocivos, y que él mezclaba sin problema; las témporas para predecir el tiempo, que no son más que patrañas heredadas entre generaciones; bulos terribles contra los judíos, fruto del odio que se les tenía; el mal de ojo, cuando el ojo no manda ningún efluvio, sino que tan solo recibe lo que le viene de los objetos; que en el mundo nacen y hay muchas más mujeres que hombres, cuando, con los censos en la mano, se ve que nacen ligeramente más hombres que mujeres; que el sonido de las campanas disipa las tormentas; el influjo de la luna sobre el crecimiento o las labores agrícolas (T5, 9)...

También el periodismo incipiente de la época adolecía de un mal que parece crónico del género: la insinceridad de las noticias políticas por intereses ideológicos; con las gacetas de entonces, más oficialistas que prensa libre, se trataba en general de ocultar las derrotas y miserias del propio país y lanzar bulos sobre potencias enemigas (T8, 5). Pero se lamentaba

sobre todo de que en ellas se diera espacio a noticias absurdas y charlatanes de todo tipo (eso que Luis Alfonso Gámez llama hoy el «periodismo gilipollas»): el retraso del Sol en un cuarto de hora tal día, la desaparición de un satélite de Júpiter, alguien que posee la piedra filosofal... Las gacetas, afirmaba, debían publicar hechos probados, o al menos aclarar el grado de certidumbre de lo narrado. Pero nunca publicar fantasías como si fueran ciertas (C1, 36). Él mismo parece que fue objeto de bulos en gacetas protestantes extranjeras, en las que se decía que sufría censura en España por combatir lo errado de la religión católica, algo que desmentía categóricamente al afirmar que admitía a pies juntillas las máximas doctrinales.

Historia y pseudohistoria

Intentó una llamada a la historiografía moderna (T4, 8): la historia no podía limitarse a recopilar y memorizar textos y noticias, sino que debía establecer relatos explicativos y veraces, separando lo superfluo de lo importante y sin introducir fabulaciones, adulaciones ni calumnias para favorecer o perjudicar a alguien. Para ello, veía necesario comparar diversos autores, no caer en sectarismos y resolver las controversias, y que los historiadores no se limitaran a leer historia, sino otras muchas disciplinas, para la correcta interpretación y crítica de lo estudiado (algo que podemos hacer extensivo al estudioso de cualquier campo del saber). Ponía como contraejemplo la historia antigua, tan contaminada por la mitología y por leyendas añadidas con el tiempo. La historia, decía,

debía divorciarse de la fábula (T5, 8; C1, 42).

Analizó diversas controversias históricas. Entre ellas, tenía especial trascendencia teológica la del poblamiento de América (T5, 15). En su tiempo, existían los llamados *preadamíticos*, quienes promulgaban que Dios creó la humanidad en el sexto día en distintas partes del mundo y de manera simultánea, de modo que Adán y Eva habrían sido tan solo los padres del pueblo judaico, y no los primeros hombres; al igual que el Diluvio bíblico no fue universal, sino un fenómeno local de Judea. Esto le resultaba repugnante y herético a Feijoo, quien se decantaba por pensar que los humanos y animales precolombinos habrían pasado a América desde otros continentes en embarcaciones de fortuna y seguramente por accidente, a la vez que descartaba por improbable la existencia pasada de algún puente terrestre.

Los *templarios* ya resultaban por entonces unos personajes enigmáticos, sin necesidad de las modernas novelas de misterio. Prohibidos y disueltos por apóstatas y profanadores, Feijoo revisó la documentación del proceso (C1, 28), para concluir que las acusaciones eran muy poco creíbles y que todo se debió a intrigas promovidas por el rey de Francia para su interés particular, a quien obedecieron todos, incluidos los testigos. Una causa similar estimaba que se podía estar promoviendo en su propia época contra los nacientes masones (C4, 16), a los que también se acusaba de herejía, secretismo o ceremonias pecaminosas, sin que hasta entonces nadie hubiera sido condenado por ello, pese a su cada vez mayor presencia en más países.

Tenía claro que las *tradiciones populares* no sirven para establecer la veracidad de un hecho, pues la mayor parte de la gente cree cuanto oye, sin espíritu crítico (T4, 10). Esto se aplicaba no solo a hechos históricos concretos, sino también a la existencia de lugares o pueblos enteros. Desde los más exóticos antípodas, de los que siempre se dudó de su existencia o incluso de si se podrían sostener de pie o caerían hacia el cielo (T4, 6), de un posible canal de Suez en tiempos antiquísimos (que no parecía descartar), marinos de toda Europa que podrían haber llegado a América antes que Colón y le habrían informado de la existencia de aquellas tierras (T4, 8); hasta las más cercanas Batuecas, en Salamanca, territorio, se decía, habitado por un pueblo

aislado de la civilización. Echando mano de documentos, demostró que de la zona ya había relaciones de impuestos, libros bautismales, cédulas de propiedad, etc., de más de quinientos años de antigüedad, lo que desmentía el mito. También negaba la existencia real de lugares como la Atlántida, Pancaya, el imperio de Catay, la isla canaria de San Borondón habitada por gigantes...

Dedicó todo un discurso a la *geografía bíblica* (T7, 4) para debatir la ubicación de algunas localizaciones, tratando de asociarlas a algún lugar actual con otro nombre (siempre salvando la indiscutible veracidad de la Escritura). Especial atención le merecía la localización del Edén, para el que se habían propuesto la Luna, los polos, Ceilán, Flandes... Él apostaba más bien por Mesopotamia, aun con las dificultades de no conseguir encajar el clima descrito en el Génesis y algún otro detalle más. A ello aducía que, al igual que por ejemplo sabemos que las condiciones en Siberia, antiguamente poblada por elefantes, habían cambiado notablemente, también había podido ocurrir así en muchas otras partes del mundo.

Más cercano en el tiempo, en relación con la *leyenda negra*, matizó ese odio español a los judíos (C3, 8), no negándolo, sino argumentando que era lo propio de cualquier nación del entorno, y ejemplificándolo con todos los países de donde fueron expulsados y masacrados, ya desde los romanos, y casi siempre con el objetivo de su expolio económico. Combatió igualmente los mitos y bulos sobre ellos sobre que mataban niños cristianos o que sus médicos dejaban morir a los gentiles.

Muy grave le resultaba el mito de El Dorado y demás *lugares americanos*, que correspondían sin más a tierras salvajes pobladas por indios en condiciones miserables. Esto le dio pie a advertir a los que viajaban a América de que no se dejaran engatusar por la quimera del oro, que había llevado al abuso y exterminio de tantos indios como relataba fray Bartolomé de las Casas, a cuyos escritos daba total crédito. Hacía una lectura crítica de la conquista de América (C2, 19), que definió como una lucha constante de los conquistadores contra los invadidos, contra los elementos y contra sí mismos, por su avaricia.

Y no fue el único aspecto en que se mostró crítico

La medicina era vista en la propia China como una mercadería más, y sus médicos unos charlatanes embusteros, unos vendedores ignorantes en medicina teórica

con la evolución histórica de España; si bien era un patriota y analizó nuestras virtudes y nuestros personajes más ilustres, no escatimó tampoco en reproches (T4, 13 y 14).

De la alquimia a la química

La alquimia daba sus últimos estertores, arrinconada por la incipiente química científica (T3, 8; T5, 17), y Feijoo tenía claro que aquella era tan solo una fantasía producto del hambre de oro. Había, por supuesto, quienes afirmaban haberlo obtenido a partir de azufre y mercurio, pero subrayaba que jamás lo habían hecho ante testigos fiables, y no dudó en calificar estos supuestos hechos de trucos de ilusionismo (poniendo algún ejemplo) a cargo de charlatanes que estarían cubiertos de riquísimos tesoros de ser cierto lo que afirmaban.

Tras revisar libros de alquimia, los calificó como esotéricos e incomprensibles, al contrario de lo esperable de cualquier escrito científico. Y como anécdota, narra cómo un alquimista le dedicó un libro al papa León X, quien le pagó con una bolsa vacía para que guardase ese oro que decía ser capaz de fabricar.

Sin embargo, sus ideas de la química propiamente dicha seguían aún instaladas en la preciencia, sin tener claras las diferencias entre los elementos químicos y los compuestos o las aleaciones, o debatiendo sobre si la materia es indivisible infinitamente o consta de unas partes mínimas, los átomos (C5, 7); y aunque no lo dejó claro, parecía más bien partidario del atomismo. Seguía hablando de los cuatro elementos clásicos y su intransmutabilidad (T5, 14), aunque ponía en duda que esos elementos fueran tales; por ejemplo, que la tierra fuera un elemento puro e indivisible (C1, 1), pues veía que toda ella consta de un conjunto de partículas muy heterogéneas en cuanto a naturaleza y propiedades.

Zahorismo

Investigó el posible origen de la «vara divinatoria», esto es, el uso de una vara de avellano en forma de horquilla para localizar agua u objetos ocultos (T3, 5). Había quien la asociaba a prácticas de la Antigüedad, como el cetro de algunos dioses o el báculo hebreo, aunque Feijoo sostenía que era un invento reciente, quizás del siglo XVII y surgido en el entorno minero francés.

Entre quienes lo aceptaban como algo real, había quien lo atribuía a causas físicas —como el magnetismo— o diabólicas. Feijoo, sin embargo, era de los muchos que dudaban de su eficacia. En Francia había un célebre practicante, Jacob Aimar, que decía ser capaz de encontrar objetos perdidos, ladrones, padres de hijos naturales, lindes antiguas de fincas, etc. El príncipe Luis de Borbón lo desenmascaró con unos sencillos experimentos, hasta que confesó que simplemente se aprovechaba de la credulidad de la gente mediante compinches que recababan previamente información de las víctimas y cuando erraba, en el más puro estilo de Uri Geller, lo atribuía a extrañas condi-

ciones del entorno.

Hoy en día se conoce a estos individuos como zahoríes o radiestesistas, aunque últimamente se hagan llamar *geobiólogos*; pero en la época los zahoríes eran estrictamente los que decían ser capaces de penetrar cuerpos opacos con la vista. Parecía ser algo exclusivo de España y, por etimología, Feijoo lo atribuía de manera probable a la herencia árabe. Para él no era más que una patraña, ni natural ni sobrenatural, para aprovecharse a base de parafernalia y ritualismo de los avarientos que buscaban tesoros. A esto se añadía que ni en la Biblia ni en la historia de la Iglesia hubiera noticia de nadie que hubiera recibido tales dones milagrosos, que parecían darse solo en España y en nacidos en Viernes Santo.

Medicina

Ya mencionamos la *Medicina scéptica* del Dr. Martín Martínez y de la reacción que produjo en los tradicionalistas. Se puede citar como ejemplo el libelo *Centinela médico-aristotélica contra scépticos*, de Bernardo López de Araujo. Esto hizo que Feijoo se lanzara a la arena pública por primera vez con su *Apolo-gía del escepticismo médico*. Acusaba Araujo a los médicos escépticos de despreciar a Aristóteles y de no formarse en dialéctica y física, algo que estos veían superfluo e inútil para su propósito; incluso eran acusados de herejía, algo que por otro lado era habitual entre intelectuales de posturas contrarias.

En este otro frente de batalla entre el dogma tradicionalista y la modernidad, Feijoo (T1, 5) veía la medicina de la época muy atrasada e ineficaz, capaz apenas de aliviar algunos síntomas pero no de curar enfermedades. Existía una gran variedad de corrientes y tratados inútiles; todo se discutía, todo era dudoso: la antigua medicina de los humores, la de las enfermedades como emanaciones de espíritus, la numerológica basada en días críticos, la paracélsica, la galénica, la química basada en la sal, el aceite y el mercurio, la matemática basada en las leyes de la estática y la mecánica...

Entre tanto, los nuevos conocimientos de anatomía contradecían todas las propuestas anteriores y un grupo de médicos dejó la filosofía para buscar en la naturaleza misma, en la **experiencia**, de modo que quedaron cuatro corrientes principales: hipocráticos, galénicos, químicos y experimentales, que diferían en la base teórica y en la práctica curativa. En España al parecer casi todos seguían la galénica, aunque entre ellos tampoco solían coincidir en sus tratamientos.

Feijoo tenía claro que los principios curativos no los descubrían la filosofía o los axiomas sino la experiencia. Revisó la fiabilidad de diversos métodos, defendidos entonces por la mayoría de los médicos:

- Los purgantes, las sangrías y las sanguijuelas, absolutamente inútiles.
- Los diagnósticos basados en el color de la sangre o de las heces, o que hablaban de la putrefacción de la sangre.
- El uso de piedras o metales preciosos para curar,

siempre elementos caros y exóticos, de tierras lejanas, a lo que decía que por qué tenían que ser siempre materiales preciosos y nunca comunes: «el oro alegra el corazón guardado en el arca, no metido en el estómago». Sin embargo, sí creía ver cualidades curativas en el mercurio, por ejemplo.

- La canonización o demonización de tal o cual grupo de alimentos, de ropas, de climas, de formas de hacer la cama... de manera absolutamente caprichosa.

- El partidismo ciego de hipocráticos o galénicos (T5, 7), que hacía que muchos médicos, tratando de disculpar sus errores, persistieran en tratamientos irracionales, pese a la evidencia de que no estaban funcionando, lo que costaba la vida a miles de enfermos. Creían además con frecuencia que el empeoramiento era signo de curación (C3, 6). Hipocráticos como el Dr. Ros o Francisco Dorado, o galénicos como Lesaca o el padre Rodríguez lo criticaron duramente por sus ataques, por no ser médico y por promover la desconfianza hacia ellos, precisamente lo que buscaba: que la gente dudara de esos discursos ideales, de los castillos en el aire no basados en la experiencia (T4, 4).

- Los remedios universales, como el propuesto por el Dr. Vicente Pérez, el «médico del agua», quien defendía que todas las enfermedades se curaban bebiendo grandes cantidades de agua; el agua, decía Feijoo, para cuando se tiene sed, y dejémonos de tanta superstición. Cabe añadir además que no servía cualquier agua, sino que unos decían que tenía que ser pluvial y otros de manantial, y dentro de estos, que manara bien hacia levante, bien hacia poniente (T8, 10). Otro ejemplo descrito eran los polvos purgantes del Dr. Ailhaud, propuestos como absurdo remedio universal (C4, 9). Por el contrario, Feijoo tenía claro que cada enfermedad tiene sus causas y sus posibles remedios.

- Las propuestas de curas definitivas de dolencias crónicas (T8, 10), donde lo único a lo que se podía aspirar era a paliar los episodios agudos. No trataba con ello de desanimar a los afectados, sino de evitar que se dejaran el dinero en remedios inútiles, como la sal común disuelta en vino para la terciana (paludismo).

- En cuanto al uso de plantas medicinales (T8, 10), señalaba los muchos errores que se cometían con ellas, en parte por falta de conocimiento, y en parte porque las propiedades curativas de una determinada

planta varían en función del modo de cultivo, del clima, etc., crítica en la que hay que persistir constantemente aún hoy.

- Pedía además a los médicos que no descuidasen los aspectos anímicos en sus diagnósticos y tratamientos (T8, 10), es decir, que no se limitasen solo a los aspectos físicos (eso que ahora se llama el deseable modelo biopsicosocial).

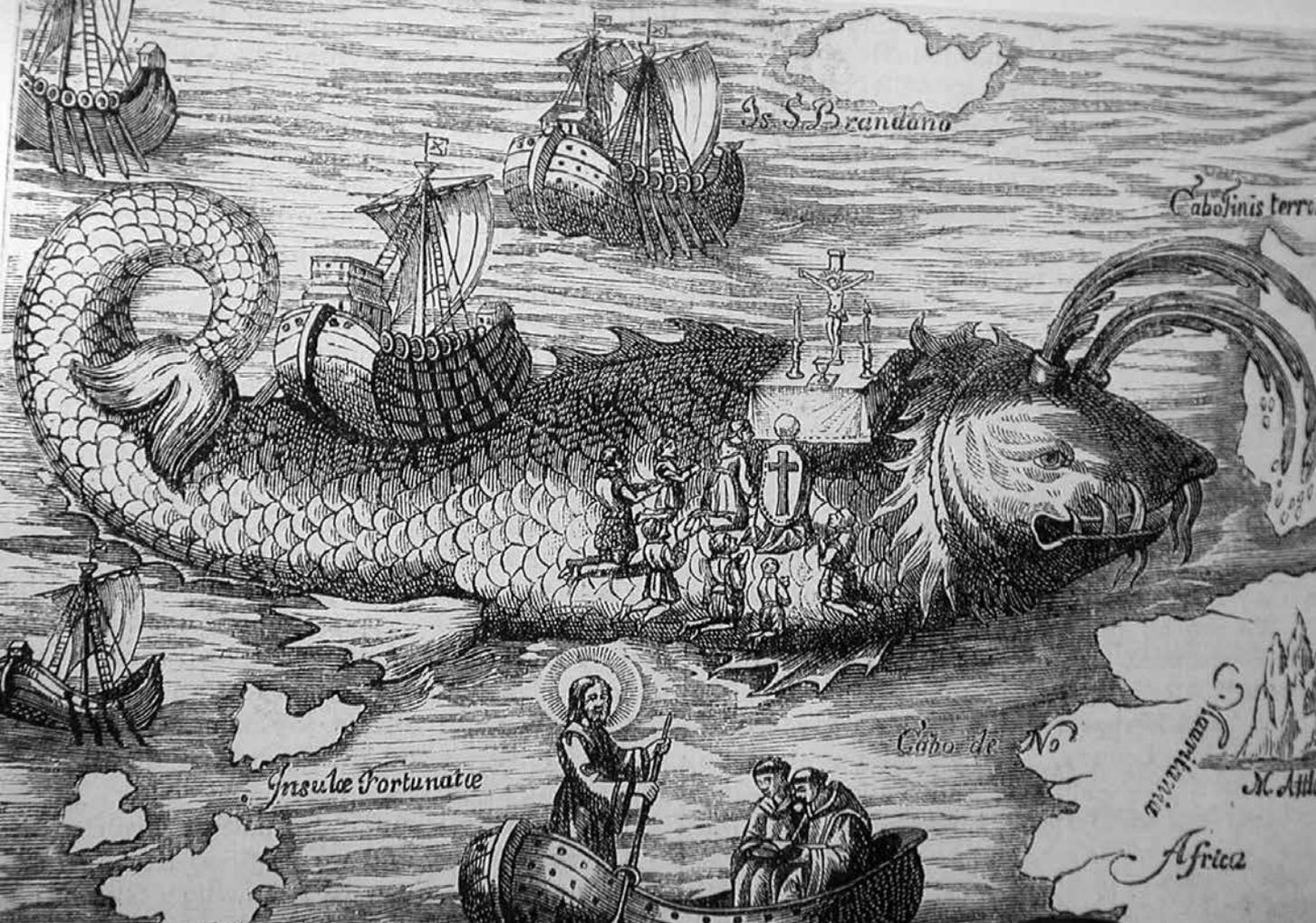
En todo ello subyacía el intento de inducir a los médicos una prudente desconfianza en los dogmas recibidos, aunque advirtiendo también de que los experimentos no sirven de nada si no van acompañados de razonamiento. Ponía como ejemplo lo dicho por el padre Parennin, jesuita en China, ante la Real Academia de Ciencias, acerca de que los chinos apenas habían avanzado en ciencias por el excesivo respeto a la doctrina de sus mayores, mal propio también de España.

Dedica precisamente todo un ensayo a la medicina china, conocida a través de los misioneros, y de la que dice sin ambages (C5, 11):

Cuanto a la Teórica de dicha Medicina, según nos la expone el Padre Du-Halde en el tercer tomo de su Historia de la China, pag. 379, y siguientes, parece una cosa tan sin pies, ni cabeza, que solo me atreveré a definirla, diciendo, que es una colección de sueños extravagantes, un tejido de quimeras filosóficas, expresadas con locuciones entusiásticas, acomodadas para alucinar ignorantes, y que nada significan a los inteligentes. Allá han imaginado unos canales, o conductos en el cuerpo humano, que ni en los Chinos, ni hombre alguno ha visto: unas correspondencias armónicas de tal, o tal parte del cuerpo, con tal, o tal elemento, tal, o tal cuerpo metálico; y asimismo unas correlaciones oficiosas de unas partes con otras, que contradicen igualmente a la Física, que a la Experiencia.

Los remedios ofrecidos, a base de partes de animales, eran igual de absurdos. La medicina era vista en la propia China como una mercadería más, y sus médicos unos charlatanes embusteros, unos vendedores ignorantes en medicina teórica. De hecho, la familia del emperador y quienes se lo podían permitir ya usaban de médicos europeos. Lo cual, visto cómo era la propia medicina occidental de entonces, nos puede dar una idea de cómo sería aquella medicina china, algo

Revisó creencias como la de que los niños nacían con deformaciones en función de lo imaginado o vivido por la madre. Llamaba *imaginacionistas* a los defensores de estas ideas



La mítica isla canaria de San Borondón, representada en un grabado (Pedro Caba, Wikimedia)

bastante alejado de esa imagen idealizada que tienen algunos ahora, fruto de posturas ideológicas más que racionales.

Pero también hizo un buen repaso a los curanderos de por aquí:

Dedicó un ensayo a los llamados *saludadores*, de quienes se decía que eran capaces de curar la hidrofobia soplando fuerte tras haber tomado un trago de vino. Para él no curaban nada y la Academia Francesa los consideraba meros charlatanes, pero eran objeto de controversia entre teólogos morales y médicos (T3, 1). Feijoo hizo su propio análisis moral: la mayoría lo hacían por una simple limosna, otros decían tener la señal de la cruz bajo la lengua o el paladar (lineamientos naturales en las venas, o se habían cauterizado)... Dio razón de algunos desenmascarados y que habían reconocido abiertamente que no era más que un medio de vida, en ocasiones adornado con trucos de ilusionista (que explicaba), como apagar brasas con la lengua, andar sobre el fuego o tocar el plomo fundido para hacer creer que tenían dotes milagrosas.

También veía absurda y supersticiosa la medicina trasplantatoria (C1, 17), que consistía en pasar la enfermedad de una persona a otra o a un animal mediante un ritual.

Ya existían igualmente libros de «autoayuda», como *El médico de sí mismo, o Arte de conservar la salud por Instinto* (C3, 9), lleno de disparates, como culpar de las enfermedades a las heces retenidas en el colon y proponer como solución purgas y sangrías

(¿no evoca acaso las actuales hidroterapias de colon?).

En cuanto a la efectividad de los distintos remedios, Feijoo decía que muchos se curaban por la evolución natural de las enfermedades, y no por los remedios que les daban los charlatanes. De los supuestos curados (C4, 9), algunos podrían no estar enfermos realmente, o tuvieron mejorías momentáneas (cuando luego empeoraron o murieron, los charlatanes callaron), hay enfermedades que van y vienen, y los había que curaban por otros remedios que aquel que se atribuían. Estaban también los que creían haber mejorado, cuando no era así (se era consciente de la existencia del efecto placebo) y los que decían falsamente que habían mejorado para no reconocer abiertamente que se equivocaron en su elección. Todo esto, decía, habrá que descartarlo antes de decir que algo cura.

Y no se olvidó de ponernos al corriente de algunos de los descubrimientos más novedosos de la época:

- Inserción animal (T5, 9): primeros intentos de injertos (trasplantes) de animales, otras personas o autoinjertos. Presentaban importantes problemas, pues se solían pudrir.

- Transfusiones de sangre (C1, 16): panacea según algunos, denostada por otros. En general, se veía que la mayoría eran perjudiciales, y ya se sospechaba que quizá no todos tenemos los mismos tipos de sangre.

- La electricidad (C4, 25): como es normal cuando se descubre un nuevo fenómeno, había quien lo quería aplicar para todo como algo milagroso. En este caso, para curar la parálisis. No profundizó a la hora de ex-

plicar algo aún mal comprendido.

- Veía probable que las enfermedades contagiosas no vinieran de causas misteriosas y oscuras, sino de «insectos» extremadamente pequeños que viven en el cuerpo humano (T7, 1; T8, 10), y de cuya existencia hablaban desde hacía décadas médicos ingleses y franceses, ayudados del microscopio.

Muerte y enterrados vivos

Definir qué es la muerte o cuándo está muerto un individuo ha sido un problema tradicional para la ciencia. Y derivado de ello, de siempre ha existido el miedo a ser enterrado vivo. Feijoo fue víctima de esa preocupación, por lo que abordó los criterios diagnósticos para determinar la muerte, con no excesiva fortuna. Así, por ejemplo (T5, 6), un cuerpo puede no respirar, no moverse o no tener actividad cardíaca por diversas razones, pero pueden seguir activas, según él, operaciones internas propias de la vida. Se cuestionaba el signo de la falta de respiración, pues sabía de orientales capaces de pasar horas bajo el agua sin respirar, como también hacen los fetos, o echaba mano de la autoridad de Galeno, para quien un cuerpo con el corazón bien refrigerado no necesitaba respirar, pues le bastaría con la transpiración.

Concluyó que el criterio más fiable es el de la temperatura corporal, por lo que pedía que los médicos tuvieran especial cuidado con ciertas enfermedades que se pueden confundir con muertes, y que luego se velara al difunto un tiempo prudencial hasta que los signos de putrefacción fueran evidentes, pero evitando el riesgo de enfermedades por cadáveres no enterrados (C1, 8; C4, 14).

Se hizo eco de casos de cadáveres con indicios de haber forcejeado tratando de abrir la tumba, o de cómo un «muerto» camino del cementerio de Avilés despertó cuando le cayó en la cara el agua de un canalón (C5, 18). Con todo su candor, lo tomó como idea magnífica y propuso echar agua muy fría con fuerza hacia los rostros de los supuestos difuntos.

Y no olvidó tratar las experiencias cercanas a la muerte (T6, 1, 11), de las que decía no ser dolorosas, pues quienes las habían vivido hablaban de placer. Sin descartar, no obstante, que esas sensaciones no fueran

más que delirios fruto de una perturbación cerebral en estado tan extremo.

Psicología

Los asuntos de la mente fueron de gran interés para Feijoo; de ahí que Marañón llegara a hablar incluso de un «Feijoo psiquiatra». Ya existe un trabajo sobre la psicología en su obra⁶, que recoge lo que escribió acerca de los fundamentos de la percepción, ilusiones y percepciones anómalas, la atención, la imaginación, la memoria... Baste decir que, como religioso, era dualista y distinguía un cuerpo material que capta por los sentidos del alma (la mente) inmaterial que interpreta lo captado. Centrémonos en los aspectos más «escépticos», como son:

La fisionomía, o estudio del carácter en función de la anatomía de la persona. Más conocida es la frenología, surgida pocos años después y basada en la forma del cráneo; pero por entonces parece que se usaba más la *metoposcopia* (la morfopsicología de hoy), según el parecido de los rasgos faciales con características de los animales (T5, 2): el enfadadizo es cejijunto, melancólico el de tez morena y arrugada, y los muy blancos son débiles y tímidos, por parecerse a mujeres. Se trata de un supuesto arte que se atribuía a prestigiosos antiguos como Sócrates, Aristóteles, Plinio o san Carlos Borromeo, pero Feijoo ponía en duda que acertaran en este campo, o incluso que se hubieran dedicado a ello y no fuera más que una atribución apócrifa, a la vez que hacía un repaso crítico de las tablas fisionómicas del jesuita Honoré Niquet, para concluir que el temperamento no lo determinan el parecerse a un león o un águila (sea eso lo que fuere), ni los cuatro temperamentos galénicos (sanguíneos, flemáticos...), sino millares de factores, y no habría medio para conocerlo de antemano sin estudiar al individuo.

Las leyendas sobre el parto y el influjo de la imaginación materna: Revisó creencias como la de que los niños nacían con deformaciones en función de lo imaginado o vivido por la madre (C1, 4). Si esta vio cortar una mano en una ejecución, podía parir un niño al que le faltara este miembro, al igual que los anteojos, que serían también consecuencia de vivencias maternas. Llamaba *imaginacionistas* a los defensores

Las polémicas alcanzaron tal nivel que Felipe V y el papa Benedicto XIV lo declararon su protegido, y Fernando VI llegó incluso a redactar una prohibición real a las impugnaciones a Feijoo

de estas ideas, y para ponerlas a prueba abogaba por la experimentación rigurosa: entonces eran muchas las mujeres que asistían a ejecuciones, sin ir más lejos, y pocos los niños que nacían con deformidades, además de la mucha fantasía a la que se recurría para interpretarlas. Pero no olvidemos que estas ideas disparatadas no difieren demasiado de las que en la actualidad rigen movimientos como los de las constelaciones familiares, la bioneuroemoción, etc.

Los remedios para la memoria: Drogas, como la anacardina, de las que ponía en duda su eficacia; todo lo más, podrían suponer una ayuda temporal, pero no permanente (C1, 20). Sí defendía las reglas nemotécnicas, para lo que hizo un repaso de algunos manuales de la época, que juzgaba más o menos útiles.

La inteligencia: Hablaba de la supuesta mayor inteligencia de quienes tienen el cerebro (la cabeza) más grande, pero no lo veía claro y sugería numerosos contraejemplos (C5, 6).

El «dominio tiránico de la imaginación» por encima de la intelección: O lo que hoy llamaríamos sugestión o efecto nocebo, que comprobó en multitud de ocasiones, como ante quien evacuaba con solo oír la palabra *purgante* (C4, 8).

Los filtros de amor: Drogas destinadas a conseguir el amor de una persona. Veía improbable su eficacia, y pensaba que había demasiada simpleza al respecto en el vulgo (T7, 15, Apéndice). De hecho, solían recogerse en obras escritas por charlatanes, que las atribuían a grandes sabios de la historia. No obstante, muchos creían en ellos y otros los ponían como excusa, plantándose como víctimas de hechizo tras caer en una baja pasión. Aunque si de lo que sufrimos es de mal de amores, podremos superarlo siguiendo sus consejos psicoterapéuticos (T7, 14), seguramente más efectivos que las purgas y sangrías que se proponían entonces y que criticaba tanto, por la creencia en que el amor residía en la sangre y, renovando esta, se acababa el amor.

Otros misterios para la ciencia, o no tanto

De la infinidad de descripciones de fenómenos curiosos, mostraremos apenas un puñado de ellas más:

Lámparas inextinguibles: Habló la supuesta existencia de lámparas perpetuas, cuyo fuego no consume la materia que la alimenta. Admitía que no se conocía ninguna materia que no se consumiera en la combustión, pero dejaba abierta la puerta a que pudiera existir (T4, 3).

Inedia: más conocida ahora como *respiracionismo* (C3, 18). Feijoo sugirió la hipótesis según la cual estas personas se podrían nutrir de las partículas en suspensión que hay en el aire (el llamado *aerivorismo*), aunque no le daba demasiada verosimilitud. Lo veía tan extraordinario que exigía más pruebas que unos pocos testimonios de gente que no había analizado el asunto con suficientes controles. Y así seguimos hoy en día con esta corriente, ahora asociada más bien a gurús de la India.

La combustión espontánea, de la que citaba un caso

tomado de las *Memorias de Trevoux*, cuya víctima fue la condesa Cornelia Brandi (T8, 8). Dado que la condesa se daba friegas de alcohol cuando se encontraba mal, este habría sido el combustible, activado por la caída de un rayo o una reacción química.

Fenómenos meteorológicos extraños: Unas cruentas batallas aéreas descritas en algunas partes del mundo, que correspondían seguramente a auroras boreales. O las lluvias sanguíneas, que algunos atribuían a sangre de niños sacrificados por brujas, y que no serían más que la lluvia teñida de polvo rojo en suspensión (C1, 9). En este tipo de fenómenos, según él, el vulgo podía tender a magnificar con añadidos fruto de su imaginación.

La Tierra hueca, tesis ya propuesta el siglo anterior por el curioso personaje Atanasio Kircher, y a la que Feijoo hace referencia —para negarla— al hablar del posible origen de los terremotos (T5, 15). Ya entonces se hablaba de la existencia de corrientes subterráneas navegables de polo a polo, a las que se accedería por sendas aberturas en los mismos. Incluso nos hace llegar Feijoo la noticia del supuesto hallazgo de un galeón con los esqueletos de sus tripulantes en una mina suiza.

Igualdad y misoginia

Son tantos los aspectos éticos y morales abordados en la obra de Feijoo que no tenemos espacio para tratarlos aquí, además de ser los más ajenos a la temática de esta revista. Nos limitaremos a los relacionados con la igualdad de la mujer, por ser en los que empleó en mayor medida argumentos científicos o escépticos para justificar su postura, y porque han sido quizás los de mayor trascendencia y reivindicación desde entonces hasta la actualidad.

La mujer había sido tradicionalmente vista como fuente de todos los vicios mundanos. La Ilustración no supuso tampoco una mejora, con su despotismo ilustrado y elitista del «todo para el pueblo pero sin el pueblo», es decir, todo aquel que no fuera un varón de alto nivel intelectual, social y económico.

En esto también fue Feijoo una excepción, y así lo mostró en un discurso (T1, 16) de alegato contra esa misoginia imperante que veía a las mujeres como seres despreciables y defectuosos tanto en lo moral como en lo intelectual, en el que llegó a criticar incluso autoridades como la de san Agustín.

Bien es verdad que cayó igualmente en tópicos, como los de la complementariedad de las virtudes de hermosura, docilidad y sencillez con los varoniles de robustez, constancia y prudencia, aunque el que las mujeres fueran más pragmáticas y los varones más dados a lo abstracto y teórico lo achacaba a razones meramente culturales. En definitiva, tenía claro que las diferencias de rendimiento intelectual venían de la dificultad social de ellas para dedicarse al estudio, y no de falta de aptitudes o de diferencias de volumen cerebral. Acompañó su argumentario de una serie de ejemplos de mujeres de toda Europa, recientes y de la Antigüedad, que destacaron en las ciencias, las le-

tras y las artes. Incluso por meros motivos prácticos, consideraba que se debía permitir a las mujeres estudiar medicina (C2, 17), por ser perfectamente capaces para ello y para evitar la altísima mortalidad femenina en los partos. Estos normalmente eran asistidos por mujeres iletradas, sin formación sanitaria, y cuando surgía algún problema había que llamar a un médico, siempre varón, lo que muchas parturientas rechazaban por pudor.

En cuanto a la base bíblica de la sumisión de la mujer al varón, cuestionó como erudito las interpretaciones y traducciones al uso a partir del original hebreo; todo lo contrario al compararla con el Corán, donde se especificaba que la salvación, la otra vida, estaba reservada a los varones.

Terminemos este apartado insistiendo en la escasa fe que tenía Feijoo en la tradición, en la «voz del pueblo», canalizada a través de los refranes. Muchos de estos recogían expresiones racistas, antisemitas, clasistas y, por supuesto, de violencia contra la mujer, de entre los que mostramos un par de los que nos ofrece: «La mujer y lo empedrado siempre quiere andar hollado», esto es, que continuamente se han de pisar o golpear; o «La mujer y la candela, tuércele el cuello, si la quieres buena», inventados y practicados tan solo por hombres bestiales, decía.

La repercusión de su obra

Feijoo fue el intelectual más leído de su tiempo. Distintas fuentes calculan en más de 400 000 los volúmenes de sus obras que se imprimieron en España (y que se distribuyeron por todo el Imperio), cifra formidable entonces, así como otros tantos en traducciones más o menos completas al francés, inglés, italiano, portugués y alemán. Se ven sus influencias en muchos intelectuales, tanto criollos como españoles, quienes lo tomaban como autoridad.

Discípulos suyos en el fomento del pensamiento crítico, y sin duda dignos de futuros estudios en este sentido, fueron Juan Luis Roche, quien también se dedicó a estudiar supuestos milagros, criticó la medicina filosófica no experimental y, en general, todo tipo de creencias vulgares; y el padre Martín Sarmiento, benedictino español que escribió un par de volúmenes revisando y apoyando los primeros tomos de Feijoo, aunque la mayor parte de su obra continúa inédita.

Las polémicas

Las ideas de Feijoo, como las de cualquier escéptico, generaron un gran número de detractores ya desde la publicación del primer tomo de su obra. La mayoría de ellos eran eclesiásticos, ante los que no solía callar y contestaba en tomos sucesivos. Esta enemistad, según decía, no la mostraban tanto los engañadores desenmascarados como los engañados, dolidos y desquiciados por haberles hecho ver que estaban equivocados. Pero era algo que se esperaba. Ya en el prólogo del T1 amenazaba, citando a Malebranche: «aquellos autores, que escriben para desterrar preocupaciones comunes, no deben poner en duda en que

recibirá el público con desagrado sus libros».

Las polémicas alcanzaron tal nivel que Felipe V y el papa Benedicto XIV lo declararon su protegido, y Fernando VI llegó incluso a redactar una prohibición real a las impugnaciones a Feijoo y lo nombró su consejero, de modo que ni la Inquisición se atrevió a atacarlo abiertamente, aunque tuvo problemas con esta por algunos de sus comentarios morales (no por aspectos científicos), que no pasaron del expurgo de dos párrafos de su extensa obra.

También soportó diversas acusaciones de plagio, a las que respondió diciendo (C1, 34) que, o bien había citado convenientemente sus fuentes, o bien lo acusaban de copiar obras que no había leído antes de escribir, como fue el caso de las de Francis Bacon.

Su principal crítico fue Salvador José Mañer, andaluz que vivió la mayor parte de su vida en el virreinato de Nueva Granada, contemporáneo ilustrado aunque muy crédulo. En su *Anti-theatro crítico* (1729-1734) impugnó los tres primeros volúmenes del *Teatro* y se montó una fuerte disputa sobre diversos temas, en especial en los relacionados con la historia natural, a lo que Feijoo respondió con sorna: «el Sr. Mañer hizo

El padre Sarmiento, discípulo de Feijoo (anónimo)



estudio especial sobre la materia (...), a fin de merecer los gloriosos títulos de resucitador de Pigmeos y Unicornios, resucitador de Gallos espanta Leones y Basiliscos (...), y todo debajo del alto carácter de Juez Conservador de errores y vulgares». Parece que posteriormente supieron sobrellevar sus desacuerdos y todo desembocó en una relación cordial.

Otros ilustrados reluctantes a los descubrimientos modernos y a la obra de Feijoo fueron Diego de Torres Villarroel, con su *Vivificación de la Astrología* (1727), Antonio Heredia con *El estudiante preguntón* (1729), el P. Soto Marne con *Justa repulsa de inicuas acusaciones* (1749) o fray Luis de Flandes con *El Académico antiguo contra el Escéptico moderno* (una defensa del antiguo orden en la filosofía o la medicina, donde el académico era el autor y el escéptico, Feijoo).

Entre sus defensores estuvieron Juan de Iriarte, Melchor de Macanaz y, sobre todo, Martín Martínez, médico de cámara de Felipe V, filósofo y amigo. Como renovador de la medicina española de entonces, vivió también violentas polémicas. Estudiado sobre todo desde la historia de la medicina, convendría también un análisis de su postura como escéptico y empirista, plasmada en diversas obras: *Medicina scéptica y cirugía moderna* (1723-1725), *Carta defensiva del Theatro crítico universal* (1726), *Juicio final de la astrología* (1727) y *Philosophia sceptica* (1730).

La posteridad

Cerra Suárez⁷ apunta dos razones principales para que pasara al olvido poco después de su muerte: Una política, la Revolución francesa, que hizo que en España el Antiguo Régimen cerrase filas hacia todo lo que sonase a modernidad y a ideas europeas. Y otra artística e intelectual, que fue la irrupción del Romanticismo, con su apuesta por lo mágico, irracional y subjetivo.

El Realismo de la segunda mitad del XIX dio lugar a cierta recuperación de su figura, con comentadores tales como Menéndez Pelayo (que lo mencionó en sus *heterodoxos españoles*), Concepción Arenal o Emilia Pardo Bazán.

Ya en el XX, muchos otros trabajaron su obra, pero hay que destacar al Dr. Marañón, quien lo encumbró como uno de los grandes valores de la cultura española. Le dedicó su discurso de entrada en la RAE (1934) y, sobre todo, *Las ideas biológicas del P. Feijoo* (1941). En esa época fue incluso protagonista de una novela, completamente prescindible, a caballo entre la ciencia ficción y la utopía: *Viaje a Marte*, de Modesto Brocos (1930), en la que Feijoo es un marciano que actúa de cicerone con un visitante terrícola al que le muestra las maravillas del sistema social y político marciano.

Toca terminar

Han de quedar muchos temas en el tintero. Bien nos hubiera gustado comentar aquí en especial los relativos a la divulgación científica más pura, pues su

obra recoge también lo más sobresaliente de los conocimientos contemporáneos en astronomía, magnetismo, matemáticas, óptica, meteorología, sismología (a raíz del traumático terremoto de Lisboa), geología, biología, paleontología, historia... casi siempre tratados desde el punto de vista más avanzado que se podría esperar en su época. Sirva esto como acicate para que el lector se sienta interesado en bucear en los textos originales.

Cabe añadir que los habituados a lecturas escépticas echarán en falta quizás temas que hoy nos venden como ancestrales, como el espiritismo, el tarot o los ovnis y las visitas de extraterrestres, lo cual, habiendo visto lo pormenorizado y prolijo de su obra, a la que no se le escapaba ningún asunto de actualidad, indica que no son tan atávicos como algunos pretenden.

Termine aquí pues este repaso por la trayectoria de un personaje extraordinario, que combinó religiosidad, racionalidad y empirismo cientifista, sin que ello le supusiera probablemente ningún conflicto mayor. Es posible que buscara una ciencia al servicio de Dios y una religión racionalista; difundía la ciencia, pero siempre manteniendo la religión a salvo de aquella, alejado, eso sí, de todo integrismo o de interpretaciones pueriles. Seguramente subyacía a todo ello el convencimiento de que a través de la ciencia se podría llegar a la demostración de la existencia de Dios y a la certeza de los dogmas religiosos católicos. No lo consiguió, pero su labor sirvió para dejarnos un fabuloso compendio de los conocimientos científicos de su tiempo, así como de una actitud crítica absolutamente envidiable.

Notas:

1 Maravall, J.M. (1981) El primer siglo XVIII y la obra de Feijoo. En: *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo*. Cátedra Feijoo, Univ. y Ayto. de Oviedo. Tomo I: 151-196

2 Elizalde Armendáriz, I. (1981) Feijoo, representante del enciclopedismo español. En: *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo*. Cátedra Feijoo, Univ. y Ayto. de Oviedo. Tomo I: : 321-346

3 Caro Baroja, J. (1964) Feijoo en su medio cultural, o la crisis de la superstición. En: *El padre Feijoo y su siglo*. Cuadernos de la Cátedra Feijoo, 18 (1): 153-186

4 Se puede destacar a Alberoa, A. (2016) Agricultura, clima y superstición en la España del siglo XVIII: algunas reflexiones del padre Feijoo. En: *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*. Ed. Trea, Oviedo: 21-41

5 Prot, F. (2016) Antropología filosófica y ficción de los planetícolas en la obra de Feijoo: pensar al hombre desde su límite extraterrestre. En: *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*. Ed. Trea, Oviedo: 91-104

6 Llavona, R. y Bandrés, J. (1995) La psicología en la obra de Benito G. Feijoo. *Psicothema*, 7(1): 189-217

7 Cerra Suárez, S. (2003) *Feijoo: el hombre y su huella*. En. Urzainqui, I. (Ed.), *Feijoo hoy*. Fundación Gregorio Marañón e Instituto Feijoo, Oviedo: 257-286